

FUENTES

SAN AMBROSIO DE MILÁN:
*LA VIRGEN MARÍA, MODELO DE LAS VÍRGENES*⁸

INTRODUCCIÓN

1. Datos biográficos de san Ambrosio⁹

Ambrosio nació en Tréveris (sur de Alemania) en el año 340. Su padre que era romano y prefecto del pretorio para las Galias, murió cuando Ambrosio era todavía muy niño. Era una familia cristiana que contaba ya en su pasado con una mártir: Sotera. Su madre se trasladó a Roma y dio al niño una consistente educación moral, intelectual, artística y religiosa (como catecúmeno para bautizarse de adulto). Su formación retórica no sólo le dio prestigio como abogado de inocentes, sino que también se manifestó en su capacidad poética, que se hará manifiesta en la producción litúrgica, con himnos que no sólo conforman la liturgia ambrosiana, hoy todavía vigente, sino también otros que se perpetuaron en la tradición gregoriana (*Iesu corona virginum; Splendor paternae gloriae; Hic est dies, etc.*).

A la estancia en Tréveris puede remontarse el conocimiento de la vida monástica. Principalmente por la presencia del exiliado obispo de Alejandría, Atanasio (335)¹⁰, que años después escribirá la *Vida de Antonio (357)*, así como de Jerónimo y otros personajes que están en el origen mismo de la vida monástica en occidente.

Es nombrado secretario del alcalde de Roma y, más tarde, a los 30 años, es hecho gobernador del norte de Italia, con sede en Milán.

Su labor como gobernador ejemplar, preocupado por todos los problemas de la población, hizo que ganara la estima de los habitantes de Milán. A la muerte del obispo Auxencio (arriano)¹¹ el pueblo se disputa en dos bandos al posible sucesor. Para evitar un tumulto Ambrosio interviene para calmar los ánimos y entonces resuena la voz de un niño que clama: “Ambrosio obispo, Ambrosio obispo”. Inmediatamente todo el pueblo comenzó a gritar lo mismo, y los obispos y sacerdotes reunidos para este evento apoyaron la nominación. Ambrosio rechaza su elección, pues sólo era un catecúmeno, preparándose para el bautismo. Las autoridades civiles y eclesiásticas intervienen para que acepte. De este modo, el 7 de diciembre del 374 fue consagrado obispo, siete días después de ser bautizado.

Ambrosio obispo comienza a formarse en la escuela de sus predecesores, especialmente San Basilio y San Gregorio Nacienceno, pues poseía un gran conocimiento del griego. Sus escritos revelan también un buen conocimiento de sus predecesores latinos. Vende todos sus bienes para darlos a los pobres y compra cautivos católicos con las joyas de su Iglesia.

Las homilias de Ambrosio empiezan a tener una difusión muy extendida, suscitando la presencia de oyentes privilegiados como el mismo Agustín, antes de convertirse. La riqueza que encuentra en Ambrosio lleva a pedirle el bautismo, iniciando de este modo su camino como cristiano y futuro obispo de Hipona (*Confess. Lib. IX*).

Así como siendo gobernador tenía el celo pastoral de un obispo, siendo ya obispo no dudó en acudir a las autoridades, tanto para pedir ayuda como para corregirlas. Son muchos los episodios que tuvieron a Ambrosio como representante de la Iglesia católica para reprender a las autoridades civiles que se han volcado hacia el arrianismo o que ejercen su autoridad con

⁸ Traducción e introducción del abad Fernando Rivas, osb (Abadía San Benito de Luján, Buenos Aires, Argentina)

⁹ La vida de Ambrosio fue escrita por su discípulo Paulino.

¹⁰ Ambrosio pudo conocer el pequeño opúsculo recientemente encontrado sobre las vírgenes, de Atanasio, editado por L. T. Lefort en *Le Muséon* 1929 y 1933.

¹¹ El obispo auténtico, Dionisio, había muerto en exilio por su fe antiarriana.

poder despótico. De este modo Ambrosio conminó al emperador Teodosio a hacer penitencia por un pecado de crueldad para con sus vencidos, lo que el emperador aceptó y en el día de Navidad del año 390, San Ambrosio lo recibió en la puerta de la Catedral de Milán, como pecador arrepentido. Teodosio quiso morir en su presencia y Ambrosio, en la oración fúnebre, afirmó: *siendo la primera autoridad civil y militar, aceptó hacer penitencia como cualquier otro pecador, y lloró su falta toda la vida. No se avergonzó de pedir perdón a Dios y a la Santa Iglesia, y seguramente que ha conseguido el perdón.*

El viernes santo del año 397, a la edad de 57 años, murió Ambrosio exclamando: “He tratado de vivir de tal manera que no tenga que sentir miedo al presentarme ante el Divino Juez”.

Como conclusión de este perfil biográfico basten algunas palabras del mismo Agustín de Hipona, que habla tanto de Ambrosio en sus *Confesiones*:

“Y llegué a Milán y al obispo Ambrosio, conocido por todo el orbe de la tierra entre los mejores, piadoso siervo vuestro, cuyos discursos generosamente suministraban entonces a vuestro pueblo el pan que sustenta, el óleo que da alegría, y el vino que sobriamente embriaga (Sal 103,15). A él era yo llevado por Vos sin saberlo; para ser llevado a Vos por él sabiéndolo.

Recibióme paternalmente aquel hombre de Dios, y con solicitud harto episcopal se interesó por mi llegada. Comencé a amarle, al principio no todavía como maestro de la Verdad –que ésta desesperaba yo totalmente de hallarla en vuestra Iglesia–, sino como a un hombre afable conmigo. Oíale con interés cuando enseñaba al pueblo, mas no con la intención que debía, sino para explorar si su facundia correspondía a su fama, o si fluía más o menos de lo que se decía. Estaba colgado de sus palabras, mas no prestaba atención a las cosas, antes las desdeñaba. Deleitábame con la suavidad de su palabra, aunque más erudita, menos festiva y halagüeña que la de Fausto, cuanto al modo de decir; porque cuanto al fondo, no había comparación, pues Fausto divagaba por las falacias maniqueas. Ambrosio, salubérrimamente, enseñaba la salud. Mas la salud está lejos de los pecadores (Sal 48,115), como era yo entonces; aunque poco a poco me iba acercando a ella sin saberlo... Oíale, sí, cada domingo explicar rectamente al pueblo la palabra de la verdad; y me iba confirmando más y más en que era posible deshacer todos los lazos de falaces calumnias que aquellos engañadores míos armaban contra los Libros sagrados... Al mismo Ambrosio tenía yo por un hombre feliz según el mundo, pues tanto le honraban tan altas potestades; solamente su celibato se me hacía dificultoso. Pero las esperanzas que abrigaba, las luchas que sostenía contra las tentaciones de su misma grandeza, su consuelo en las adversidades y sus deleites sabrosos al rumiar vuestro pan con la boca interior de su corazón, ni yo lo sabía sospechar ni tenía experiencia de ello. Tampoco él conocía mis congojas, ni el precipicio en que amenazaba caer; porque yo no podía tratar con él lo que quería y como quería; porque de hablarle y escucharle me apartaba la multitud de negocios de personas a quienes él atendía en sus necesidades; y cuando éstos le dejaban solo, que era por muy breve tiempo, o reparaba el cuerpo con el necesario sustento, o el espíritu con la lectura”¹².

2. Ambrosio y la decadencia moral del Imperio: la degradación de la mujer

Se afirma que Ambrosio conoció la vida monástica en su propia casa. En efecto, su madre, joven y viuda, trasladada de Tréveris a Roma, se ocupa de la crianza de su hija mayor, Marcelina, y de sus dos hijos varones, Sátiro y Ambrosio, pero a su vez aloja y acompaña a vírgenes consagradas a Cristo, a quienes instruye en la fe ortodoxa y en la vida cristiana. En Epifanía del 353 Marcelina consagra su virginidad a Dios. La velación se realiza en la basílica vaticana de manos del Papa Liberio, y la joven sigue viviendo en su casa.

¹² AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, Lib. 6,6-8.

También por Roma había pasado el obispo Atanasio(339), que narraba los prodigios de la vida de los monjes de Escete y Tebaida. De este modo logró encender el primer foco de vida monástica de occidente: el palacio de los Marcelli, en el monte Aventino. La hija de Albina, Marcela, fue la primera conquista de la predicación de Atanasio en Roma. Le siguieron varias nobles romanas como Asella, Fabiola, Principia, que abandonaban su carrera en la nobleza romana para consagrarse a Cristo por la virginidad, causando gran conmoción y molestia en la nobleza.

Así, en el seno de su misma familia, Ambrosio recibirá el amor por la vida de las vírgenes y será su apóstol, escribiendo varias obras dedicadas a ellas: el *Tratado sobre las Vírgenes, a su hermana Marcelina* (377?); *de La Viudas; la Exhortación a la virginidad; la Institución de las Vírgenes; y La Virginidad*¹³. Y es en la primera obra donde Ambrosio establecerá el fundamento de la virginidad en María, la Madre del Señor.

Sin embargo es necesario ubicarse en el mundo romano que conoce san Ambrosio y que poco a poco va llevando a la decadencia del imperio. La degeneración de las costumbres era muy grande y el papel de la mujer es ante todo el de incentivo para lo sensual y puramente carnal. Por un lado se hace un culto de su aspecto y la forma de suscitar la atracción de las miradas. Su maquillaje, su ropa, reciben un cuidado y trato especial, buscando la exaltación de sus formas y la provocación. Y, por otro, esa mirada vuelta puramente a su exterior lleva a presentarla como carente de toda interioridad e incapaz de aportar a la familia y a la sociedad algo que no sea diversión y pasatiempo, no siempre honesto. Y cuando se habla de la mujer esclava, estos desórdenes llegan al paroxismo, tal como deja traslucir Ausonio, amigo de Paulino de Nola, con una ingenuidad en sus descripciones que nos permiten conocer lo que se consideraba normal en dicha sociedad del siglo IV.

Hablar de amor era equivalente a hablar de libertinaje y por eso era dejado para los poetas y los filósofos paganos.

3. Las primeras respuestas cristianas

De este modo los primeros tratados cristianos acerca de la virginidad deben considerarse como escritos sobre la mujer en general y el modo en que los cristianos la consideran de verdad. Y la misma abundancia de los tratados sobre la mujer prueban que los cristianos veían en ello no sólo un aporte a la propia vida de las mujeres, sino una forma de restaurar un orden social cada vez más corrompido. En ellos se pueden encontrar interesantes descripciones de cómo se vestían, cómo caminaban y miraban, cómo participaban en los baños públicos. Así comienzan los tratados de un Tertuliano (+230 ?)¹⁴ y de san Cipriano (+255)¹⁵. Ellos coinciden en lo que era la mujer en ese imperio decadente: un objeto para el hombre.

Sin embargo, el mismo exacerbamiento en la decadencia no siempre permitió una respuesta justa y adecuada. En particular cuando las soluciones propuestas se dejaron llevar por el mismo carril de los desórdenes. Así no faltaron las voces que señalaron a la mujer como la causa misma de la entrada del pecado en el mundo. Muchos relatos cristianos, pertenecientes a la literatura apócrifa están llenos de historias en las que la mujer es vista como un objeto a evitar. El Evangelio de los Egipcios hacía decir al mismo Cristo: *he venido para abolir la obra de la mujer. Con una postura más o menos semejante, Tertuliano había dicho: Tú, mujer, eres la puerta del diablo, tú pusiste tu mano sobre ese árbol condenado, eres la primera rebelde a la ley divina. Tú fuiste la que persuadió al mal a aquél que el mismo demonio no osó tentar. Tú destruiste con tanta ligereza la imagen de Dios que es el hombre, gracias a lo que mereciste recibir la muerte, por lo cual el mismo Hijo de Dios debió morir.* El mismo Cipriano había dicho que la virgen cristiana debía tener vergüenza de verse a sí misma, no sólo de ser vista por otros.

¹³ Existe otra titulada *De lapsu virginis (la virgen caída)*, que es considerada inauténtica.

¹⁴ Son numerosos sus escritos sobre la mujer: *Ad uxorem, De exhortatione castitatis, De virginibus velandis, De cultu feminarum, De pudicitia, De monogamia.*

¹⁵ *Epistula ad Pomponium de virginibus, De habitu virginum.*

La misma respuesta monástica al tema de la mujer no siempre fue acorde a la pureza del mensaje evangélico. Tanto en Hispania (Prisciliano, obispo de Ávila¹⁶) como en Asia Menor (Gangra), los cristianos llegaron a rechazar el matrimonio como un modo de perpetuar el pecado en el mundo, siendo su puerta de entrada la mujer.

4. Ambrosio y su prédica sobre la mujer y la virginidad

Es entonces cuando la doctrina de Ambrosio resplandece con toda su riqueza. Y el fundamento sobre el cual consolida su enseñanza es el modelo de toda mujer: la Virgen María. En el capítulo 2 de este *Tratado sobre las Vírgenes* Ambrosio presenta a María como imagen concreta y ejemplo vivo sobre el cual las vírgenes deben edificar su vida. En el capítulo 13, María es llamada “la que ha dado a luz a Dios” (*Deum genuerat*) y que resplandece por su pudor, virtud desconocida por los antiguos. De este modo Ambrosio coloca a María en las antípodas de la mujer decadente del imperio romano. Sin embargo la riqueza del concepto de virginidad-pudor que presenta Ambrosio, y su modelo que es María, se abre a la perfección de toda mujer, pues de ningún modo se reduce a una dimensión física, aunque sí le sea esencial. Gracias a ello Ambrosio recuperará el valor del matrimonio cristiano que venía de ser rechazado por ciertos grupos cristianos en su afán de reordenar la vida moral de la sociedad pagana.

Un estudioso de Ambrosio y la situación social de su época escribió estas palabras que creemos claves para comprender su pensamiento y su aporte a la Iglesia:

“Cuando los antiguos hablan de amor, normalmente se refieren a la sensualidad, y es por eso que los filósofos nunca tienen para el amor sino palabras de severidad y desprecio. El sentimiento del amor nace del pudor que, él también, es un sentimiento propiamente cristiano. En él se combina un respeto, un deseo de consagrarse, y una actitud mística que lo eleva hasta asemejarlo a un sentimiento religioso. Esto es una consecuencia tal vez imprevista de la predicación de Ambrosio. Él ha idealizado a la mujer y, tal vez sin quererlo, ha recuperado el amor profano. De no haber habido vírgenes que se consagraran al Señor, no habría habido amantes como Rodrigo, ni como Jimena. De este modo nuestra literatura, en la que el amor juega un rol tan especial, es cristiana con el mismo título con que el amor es cristiano. Y por eso no deja de ser menos pío, piadoso. Por eso lo que debe decirse es que hay algo en lo profano que es cristiano. Y esos sentimientos de los cuales acabamos de mostrar su encadenamiento (amor – pudor – consagrar) son los que más netamente han determinado su carácter. Pero también hay una inmoralidad cristiana. El refinamiento del pudor trae como compañero un refinamiento impuro. Y la obscenidad que se puede encontrar en los autores cristianos (siglo IV=Ausonio), tiene algo de más consciente, de más sensual, y de más doloroso también. En ello se mezcla un sabor amargo del pecado”¹⁷.

La riqueza de este análisis que hace Thamin del pensamiento de Ambrosio, no deja lugar para las simplificaciones puramente formales del gran tema del amor cristiano y su proyección natural hacia el la consagración plena a Dios y de su raíz más profunda, que es el pudor, el cual, como señala el estudioso, es el alma misma del verdadero amor cristiano y, por eso mismo, no es una adquisición definitiva de nadie, y puede y debe darse en todo estado de vida, en el mundo o en el claustro.

Y el personaje que encarna esta riqueza del amor divino y humano es María, único modelo para las vírgenes. En ella las vírgenes pueden encontrar esa plenitud de amor que hace de sí mismo una ofrenda de aroma agradable a Dios:

¡Bienaventuradas vírgenes que perfuman tal gracia inmortal, como si fueran un jardín cargado de flores, un templo lleno de incienso, un altar con sus ofrendas! (n. 18).

¹⁶ Cfr. CHADWICK, H., *Prisciliano de Ávila*, Madrid 1978, 85 ss.

¹⁷ THAMIN, R., *Saint Ambroise et la morale chrétienne au IV siècle*, Paris 1895, 356 ss.

María, por su virginidad, no sólo es modelo de vírgenes, sino de todo amor cristiano que de por sí es siempre esponsal, consagrador, gozoso y bello:

Y cada virgen exultará diciendo: *Entraré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud (Sal 41-42,4); Inmolaré al Señor un sacrificio de alabanza, y daré mis votos al Altísimo (Sal. 49,14; n. 17).*

Y por eso, siguiendo siempre el ejemplo de María, el amor de las vírgenes es profundamente fecundo. Fecundo para ellas mismas, fecundo para sus familias según la carne, fecundo para la familia de la Iglesia y la familia humana. Ellas engendran a la gracia y, como María, intercederán por los hombres ante el altar del Padre como si fueran sus hijos:

Padre santo, éstas son las que yo he guardado para ti, son aquellas en las cuales el Hijo del hombre reclinó su cabeza para descansar. Te pido que estén conmigo donde yo estaré (cfr. Jn 17,24)... Padre justo, el mundo no me conoció, pero ellas sí me conocieron y no quisieron conocer el mundo (cfr. Jn 17,25)

De este modo la plenitud de gracia de María, que se hace manifiesta en su virginidad, renueva la condición humana misma que tan gravemente afectaba al Imperio en ese final del siglo IV. Con su ejemplo, Ambrosio alaba las virtudes domésticas, la verdadera belleza de la mujer,

Finalmente Ambrosio presenta en las vírgenes la realización del Cuerpo de Cristo, es decir de la Iglesia. Y para ello utiliza esta expresión:

¡Estas son el lecho de mi Hijo; éstas son las que guardaron el tálamo nupcial con un pudor inmaculado!

Tal vez esta imagen nos parezca hoy muy rebuscada, sin embargo los Padres de la Iglesia la repetían desde Orígenes. En su estudio sobre Orígenes, H. Urs von Balthasar la explica diciendo que las Escrituras revelan la plenitud del amor de Cristo por la Iglesia bajo la imagen nupcial. Y es por la unión nupcial que los esposos pasan a ser una sola carne. Y por eso las vírgenes son la misma carne de Cristo, su Cuerpo, que es la Iglesia¹⁸, prefigurada en María, Madre del Salvador.

Bibliografía

BOUYER, L. (ed.), *Mariage et virginité dans l'Eglise ancienne* (Les Pères dans la foi 39), Paris 1990.

BROWN, P., *The Body and Society: Men, Women, and Sexual Renunciation in Early Christianity*, New York 1988.

BURRUS, V., *Chastity as Autonomy: Women in the Stories of the Apocryphal Acts* (Studies in Women and Religion 23), Lewiston, NY 1987.

CLARK, E.A., *Women in the Early Church*, Wilmington 1983.

MUNIER, Ch., *Mariage et virginité dans l'Eglise ancienne (Ier - IIIe siècles)* (Traditio christiana 6), Berne / Frankfurt a. M. / NY / Paris 1987.

PAREDI, A., *S. Ambrogio e la sua età*, Milano 1994.

RIGGI, C., *La verginità di Maria e la castità verginale nella Seconda Sofistica*, en: S. FELICI (ed.), *La mariologia nella catechesi dei Padri (età prenicena): convegno di studio e aggiornamento, Facoltà di Lettere cristiane e classiche (Pontificium Institutum Altioris Latinitatis), Roma, 18-19 marzo 1988* (Bibl. di scienze religiose 88, Rome 1989) 169-82.

SAVON, H., *Ambroise de Milan*, Paris 1997.

TISSOT, M. G., *Ecrits sur la virginité: Saint Ambroise*, Sablé-sur-Sarthe 1980.

¹⁸ BALTHASAR, H. U. Von, *Le "Mysterion" d'Origène*, en *Recherches de science Religieuse* 1936, 543 ss.

TEXTO¹⁹

LA VIRGEN MARÍA, MODELO DE LAS VÍRGENES

Capítulo primero

1. En el Libro anterior quisimos, aunque no pudimos, explicar el don de la virginidad para así invitar al lector a este regalo de la gracia divina.

En este segundo Libro no vamos a hablar de la virginidad sino de las vírgenes y vamos a instruirnos con el modelo de su vida.

2. Sin embargo, como nos falta capacidad para amonestar y enseñar (pues el que enseña debería aventajar al que es enseñado) vemos más conveniente acudir a los ejemplos que a las doctrinas, esperando así que los lectores me crean al ver que por mi boca hablan labios más autorizados. Y por este camino conducir hacia el amor a la virginidad contemplándola directamente y esforzándose por seguirla al ver que ya se ha realizado y probado gracias al testimonio de otros, venerando con actitud religiosa lo que por herencia paterna recibimos.

3. Y si mi intento parece atrevido, ruego que se tenga en cuenta mi buen celo, ya que considero que no puedo negarme a lo que las mismas vírgenes me han rogado escribir. Por eso no pude rehusar, aunque parezca falta de pudor, a quienes por sus mismos ruegos doblegan al mismo Dios.

4. Ellas no notarán esta presunción pues, al tener dónde estudiar sobre el tema, me lo solicitaron más por el afecto que les tengo que por la ciencia que poseo. Y como ya tienen la autoridad del mártir para la disciplina de su vida²⁰, considero que no es superfluo si la fragilidad de mi discurso puede ayudar a manifestar la belleza de esta profesión. El mártir con severo afecto enseña a cortar los vicios. Nosotros, como enseñar no podemos, hablaremos de las almas puras, amigas de la castidad.

5. Y, como son muchas las que desean nuestras palabras, he concebido este volumen. Y como las perfectas ya tienen nuestra exhortación, ahora pueden transmitírsela a ellas. Ése es nuestro propósito.

Capítulo segundo

6. Sea entonces para ustedes la vida de María una imagen viva de la virginidad, en quien resplandece como en un espejo la belleza de la castidad y la hermosura de la virtud. En ella encontrarán un ejemplo vivo en la que, como maestra ejemplar de integridad, podrán encontrar qué corregir, qué reproducir y qué observar (cfr. *Lc.* 1). Pues si el primer estímulo para el fervor es la nobleza del maestro, ¿qué más noble que la nobleza de la Madre de Dios?, ¿qué es más esplendoroso que ella, a quien eligió el Esplendor?, ¿qué más casto que ella, que engendró el cuerpo sin contacto con lo corpóreo?

7. Y, ¿qué decir de las otras virtudes que la adornan? Pues era virgen no sólo en el cuerpo, sino también en el alma²¹, pues ninguna doblez adulteró su afecto sincero. Fue humilde de corazón, grave en las palabras, prudente de alma, mesurada en el hablar y la más aplicada en el leer. Puso su esperanza no en lo incierto de las riquezas sino en la oración de los pobres. Aplicada

¹⁹ Texto latino tomado del *Corpus scriptorum latinorum paravianum*, ed. E. Cazzaniga, Turin 1948, (se encuentra también en PL 16, 219-223).

²⁰ Ambrosio se refiere a la mártir Inés, de la que ha hablado en el libro anterior. El autor encuentra una relación muy estrecha entre la virginidad y el martirio y por ese modo sublime de imitar a Cristo ve en la virginidad el llamado a la más estrecha intimidad con Cristo.

²¹ Cfr. AGUSTÍN DE HIPONA, *De Doctrina Christiana*, c. 21.

en el trabajo, cuidadosa en la palabra, habituada a tomar como juez de sus acciones a Dios y no a los hombres. A nadie ofende y a todos sirve; es respetuosa con los mayores y no envidiosa de sus iguales. Evita la jactancia, sigue lo razonable y ama la virtud.

¿Cuándo hirió a sus padres con un gesto de su rostro? ¿Cuándo tuvo una ruptura con los cercanos? ¿Cuándo despreció al humilde? ¿Cuándo se aprovechó del más débil? ¿Cuándo evitó al pobre o tuvo trato con los hombres sino con los que le pedían misericordia? Nunca se encontró en ella una mirada ni en sus labios una palabra hiriente. No hubo ligereza en sus modos, ni en el caminar, ni en sus gestos, ni en el acento destemplado. Su rostro reflejaba como en un espejo su alma. Desde el vestíbulo se conoce una buena casa y desde la entrada debe verse que su interior no está desordenado ni es tenebroso. Del mismo modo nuestras almas, libres de los estorbos corporales, deben resplandecer hacia el exterior como rayos luminosos que desde las lámparas interiores resplandecen hacia afuera.

8. ¿Y qué decir de su moderación en el comer y su servicialidad en los oficios? En la comida casi faltó a lo natural, en el trabajo lo superó. Aumentó los ayunos y no se dio descanso. En el alimento buscó no provocar la muerte más que deleitar el apetito. En el sueño sólo satisfacía lo necesario para el descanso de sus miembros, no para holgarse, y mientras descansaba su cuerpo, vigilaba su corazón y aún dormida rumiaba lo leído, interrumpiendo el descanso para retomar la lectura.

9. No salía de su casa sino para visitar la Iglesia, y siempre con sus padres o familiares. Cuando salía lo hacía en compañía, y en la casa estaba en soledad. Era la guardiana de sí misma. No se permitía dar un paso con los pies que no estuviese precedido por la virtud.

Del mismo modo la virgen debe tener a otros por custodios de su modestia, pero ella misma debe ser su principal guardián. Debe saber aprender de muchos, pero sus propias virtudes deben ser sus mejores maestros y cada una de sus obras debe ser una lección. Del mismo modo María escuchaba a todos, como si de ello tuviera necesidad, aunque en realidad practicaba toda virtud no como quien aprende sino como quien enseña.

10. Así la presenta el evangelista, así la encontró el Ángel, tal la eligió el Espíritu Santo. ¿Es necesario seguir hablando de la que atrajo el amor de sus padres, provocó las alabanzas de los extraños y, ante todo, fue digna de ser la madre del Hijo de Dios? Cuando el Ángel llegó a visitarla la encontró sola, sin compañía, pues no quería ser distraída de su recogimiento ni disipada de su silencio. La compañía que buscaba no era la de las otras mujeres, sino la de los pensamientos buenos. Estaba menos sola cuando más sola se hallaba. ¿Cómo iba a estar sola la que estaba rodeada por las Escrituras, por los arcángeles y los profetas?

11. Allí la encontró Gabriel, donde solía morar. Ante tal varón María temió, pero cuando oyó su nombre lo reconoció. La sorprendió el varón, pero no el Ángel. Así era la modestia de sus ojos y el pudor de sus oídos. Quedó muda ante el saludo, pero respondió al llamado. Quedó turbada por la alabanza, pero luego obedeció.

12. Las Escrituras nos presentan cuán religiosa fue con sus parientes. Enraizada en su profunda humildad, y sabiéndose elegida del Señor, corrió presurosa por las montañas para comunicar la buena nueva a su prima, no tanto para apoyar su fe, pues ya había creído al anuncio: *Feliz de ti, que creíste* (Lc 1,45), sino para ejercer la piedad. Y se queda con Isabel unos tres meses para abrir los tesoros de su caridad y no para encontrar pruebas para su fe. Y así se manifiesta cuando el niño de Isabel salta de gozo en el seno materno respondiendo al saludo de la Madre del Señor, más precoz en la piedad que en las facultades naturales.

13. Inmediatamente se suceden todo tipo de signos: la estéril da a luz, la virgen concibe, el que estaba mudo habla, los Magos adoran, Simeón ve realizada su esperanza, las estrellas anuncian al Mesías, y María, que se había turbado ante el saludo del Ángel, ahora contempla serena estos milagros, pues se dice: *Conservaba todas estas cosas en su corazón* (Lc 2,19). Y, aunque era la Madre del Señor, quería conocer todas sus disposiciones y, habiéndole engendrado deseaba conocerlo siempre más.

14. Todos los años subía al Templo de Jerusalén para celebrar la Pascua, acompañada por José, pues en toda virgen la modestia y el pudor deben acompañar a las demás virtudes. El pudor es inseparable de la virginidad: pues uno sin la otra son imposibles. Y por eso ni siquiera va al Templo sin un custodio de su pudor.

15. Esta es la imagen de la virginidad. Así fue María, de tal modo que sirvió de ejemplo a todos. Por eso si María nos admira por sus virtudes y si alabamos sus obras, debemos también imitar sus ejemplos. ¡Cuánta belleza de virtudes resplandece en esta Virgen!. Reserva y recato en la modestia; fe viva; obediencia a Dios y devoción ardiente: virgen dentro de la casa, sirviente para el ministerio, madre en el Templo.

16. A ella la acompañan las vírgenes para llevarlas a la presencia del Señor diciendo: *¡Estas son el lecho de mi Hijo; éstas son las que guardaron el tálamo nupcial con un pudor immaculado!* Y utilizando las mismas palabras de Cristo dirá: *Padre santo, éstas son las que yo he guardado para ti, son aquellas en las cuales el Hijo del hombre reclinó su cabeza para descansar. Te pido que estén conmigo donde yo estaré* (cfr. Jn 17,24). Y como no vivieron sólo para sí mismas son de provecho para los otros y por eso son fuente de salvación para sus padres, para sus hermanas. *Padre justo, el mundo no me conoció, pero ellas sí me conocieron y no quisieron conocer el mundo* (cfr. Jn 17,25).

17. ¿Quién podrá describir la pompa, el regocijo con que los ángeles recibirán en el cielo a aquellas que en la tierra vivieron la vida celestial? Entonces María tomará en sus manos el tímpano e invitará a los coros de las vírgenes a cantar al Señor por aquellas que atravesaron el mar de este mundo sin caer en las olas de siglo (cfr. Ex 15,20). Y cada virgen exultará diciendo: *Entraré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud* (Sal 41-42,4); *inmolaré al Señor un sacrificio de alabanza, y daré mis votos al Altísimo* (Sal 49,14).

18. No dudo que los altares de Dios están abiertos para ustedes. Más todavía: sus almas son verdaderos altares en los que a diario se inmola Cristo por su cuerpo. Pues si el cuerpo de una virgen es templo de Dios ¿qué no será su alma que, como envuelta por la ceniza del cuerpo, cuando sea descubierta por la mano del eterno sacerdote, emanará exhalaciones del fuego divino?

¡Bienaventuradas vírgenes que perfuman tal gracia inmortal, como si fueran un jardín cargado de flores, un templo lleno de incienso, un altar con sus ofrendas!